

Ion Cortina: la ciencia del cariño

Eduardo Valdés, sj

*La bala que me hiera
Será bala con alma...
y si me hiere el pecho
me dirá: ¡Yo quería
Decirte que te quiero!
(Salomón de la Selva)*

La guerra se estaba tornando más cruenta y expansiva. Pero en las zonas campesinas, sobre todo en los departamentos del norte, era una realidad cotidiana. Cortina sopesaba ese cambio en su corazón, más aún sabiendo que su gente querida y añorada de Guarjila vivía en la zozobra de los desplazamientos provocados por los militares, la guerrilla y los helicópteros artillados. Cuando le contaron que la guerra ya no era solo un aguacero fuerte, sino que se había tornado en huracán que amenazaba con cambiar la faz de ese terruño visitado, no dudó en mudarse a su casita de Guarjila para acompañar a todas esas personas amadas.

Sus compañeros de comunidad temieron por su vida, porque la violencia no tiene respeto por nadie ni sabe diferenciar los amores. No bastaba el gran amor de Ion Cortina para evitar que una bala lo alcanzara, ya sea en sus múltiples viajes, ya sea en sus momentos hogareños de conversación con las personas jóvenes de su comunidad. Él se había preparado por si le tocaba entregar cuentas al Señor. No tenía miedo, solo una decisión profunda por estar con su gente.

Por eso, su dolor y su indignación fueron grandes cuando escuchó la noticia de que habían asesinado a sus compañeros de comunidad la

* Jesuita. Colaborador con este número de Diakonia. 124, (Diciembre 2007).

mañana del 16 de noviembre. No fue solo la sensación de vacío o el sentimiento de incredulidad, sino el agolpamiento de lo vivido con ellos lo que lo llevó a derramar lágrimas. Cada rostro de los asesinados se volvió puerta para recoger y reandar la historia de compromiso y cariño hacia un pueblo sufrido y crucificado, como recordaba que le gustaba decir a Ellacuría.

Esas lágrimas venían de más lejos, ya se estaban volviendo un río que tocaba todos los rincones de la vida. Recordaba aquel atardecer tan lleno de flores y cantos de las aves que había sido oscurecido de golpe con el anuncio de la muerte de Tilo. Rutilio Grande acababa de ser asesinado camino de Aguilares hacia el Paisnal. La novena a San José, patrono del Paisnal que había visto nacer al P. Tilo, quedaba cercenada por balas que intentaban detener esa evangelización incontenible que inundaba todos los cantones de la parroquia. Ese asesinato fue un aldabonazo en su corazón que terminó por concluir una búsqueda tanto tiempo sentida y retante.

A los pocos meses, un operativo militar terminó por expulsar al resto de compañeros de Rutilio. La muerte del joven que tocaba la campana de la iglesia de Aguilares para prevenir, dentro del sueño, a todo el pueblo mostraba que la guerra llegaba a la cúspide del horror. Las personas de la parroquia se sintieron huérfanas, desprotegidas y reducidas a la impotencia, aunque había delegados y delegadas que mostraban que el P. Tilo seguía vivo. Ion llegó donde ellos para mantener esa presencia silenciosa pero viva de Rutilio. Allí aprendió a gustar esa fuerza de fe que había en la zona campesina y esa enorme capacidad de soportar el sufrimiento porque nunca faltó el aliento de esperanza y el frescor del amor. La alianza de ternura había mostrado su rostro. Cortina vuelve a recoger esa invitación para nunca más apartarse de ese camino.

La muerte de Rutilio lo llevó a otra novedad que después nunca dejó de seguirlo sorprendiendo. Monseñor Romero, recién nombrado Arzobispo de San Salvador, mostró solidaridad pero, sobre todo, valentía. Su palabra venía cargada de Dios y de realidad. La aprehensión que Cortina no lograba quitarse se evaporó para siempre cuando escuchó a ese Monseñor, tenido como lejano de los pobres,

hablar de la fuerza de la vida. La palabra de Monseñor Romero venía como agua fresca que rompía la sequía de tanta injusticia que quería volver estéril a la fe. No solo lo escuchó con admiración, sino que le dio gran alegría tenerlo como Arzobispo, gozo que también Ellacuría le había mostrado a través de una carta enviada desde su exilio.

Donde Rutilio había caído junto con el joven y el anciano, Ion puso tres cruces. Las puso no para que creyeran que había habido un accidente automovilístico, sino para recordar a ese Jesús que se volvía memoria de un gran amor. No duraron mucho, varias veces fueron destruidas. Nunca se supo de las manos que las arrancaron o los pies que las patearon solo, se sentía el rencor sordo que añadía desdén a la violencia. Con humor terminó construyendo unas cruces que solo podían romperse con un tractor o desaparecer por la dinamita. Cortina sabía que no bastaba dejar la señal en el camino, sino continuar la entrega de Tilo, esa dignidad que había hecho reverdecer en su parroquia y que se había vuelto fiesta del maíz, compromiso con un proyecto y canto enraizado en la utopía. Rutilio hacía recordar su estudio de literatura donde se sembró aquella frase de Bernanos con la que finalizaba su novela *Diario de un cura de aldea*: "todo es gracia". Rutilio era una gran gracia para el pueblo salvadoreño, regalo envuelto en sangre como abono para la semilla de la fe que enlaza la justicia con la paz.

Por eso, cuando supo de la muerte de sus compañeros y de Elba con su hija Celina, respiró hacia adentro y lo envolvió el silencio de la discreción. Al principio, solo salió su lloro, después su indignación, finalmente su sentido de cuerpo. Algo suyo yacía junto con ellos. Algo propio era llevado a la muerte, pero sabía que no estaba solo. Sobre el caos de la guerra, sobrevolaban los rostros queridos de todos estos mártires, y así la separación de la muerte y la vida se hacía nítida y tajante. Su dolor recorrió el camino del lamento para volverse queja que no parecía tener respuesta. Cobijado en el cariño de Guarjila y teniendo la hospitalidad de su gente que tantos muertos llevaban en sus recuerdos, encontró la respuesta.

La guerra continuaba. La muerte ciega seguía moviéndose pesadamente por el campo y la ciudad para marcarlos con la desesperación. Sabía que uno no es de ninguna parte hasta que tenga

un muerto que asiente. Para siempre era salvadoreño, porque la nacionalidad no es cuestión únicamente de nacimiento sino también de opción. No estaba en el lugar donde había sido dado a luz, pero sí en donde se daba la vida, su vida. No lo podían matar porque ya había conocido la muerte. Nunca se quedó en ella porque no le gustaba el olvido y la inacción. Solo era puerta que dejaba pasar la fuerza de la vida, solo era desierto por donde soplaban el viento fresco del amor.

Por eso, mucha gente se sorprendió por lo que se encontró en aquella caja que guardaba como su tesoro bajo candado. Allí estaba su tesoro, la estola del P. Rutilio, símbolo de un sacerdocio distinto o si se quiere primigenio: digno de fe y misericordioso con los seres humanos. Fe en Dios, fe en un pueblo. Misericordia con los pobres, misericordia con todo ser humano. La guerra y sus ecos acompañaron su memoria. Su indignación ante la muerte del indefenso no lo dejó pactar con la mentira, pues, llevaba tres sudarios que hablaban de vida. Las tres sábanas que envolvían la estola eran el paño de la Verónica que se había acercado a Rutilio, a Monseñor Romero y a los padres. Pero en la estola estaba la victoria de Jesús y, junto con Él, la ingente nube de testigos de ese pueblo fiel de El Salvador.

*"¡Dios mío, qué solos
se quedan los muertos!"
¡No sé; pero hay algo
que explicar no puedo,
que al par nos infunde
repugnancia y duelo,
a dejar tan tristes,
tan solos los muertos!.
(Gustavo Adolfo Bécquer)*

Su doctorado en Ingeniería había sido un largo camino donde la universidad se había vuelto casi su casa habitual. Sabía que terminaría como profesor donde los números y sus cálculos de resistencia de materiales serían parte de sus chistes cotidianos. Eran los tiempos donde la razón buscaba llenarse de amor por la fe y la fe dejarse acoger por la ciencia. También eran épocas donde se hacía el juramento contra el modernismo, esa ciencia atrevida, mal encarada y desenfadada, que creía llamar a la fe a

su podio para mostrar lo deslucida que estaba. Todo lo nuevo procedente de la ciencia parecía venir en el tren de la sospecha.

Su afición por los números y su destreza con lo formal parecía decretar que podía servir a la gente desde la educación, especialmente desde aquella donde la ciencia pertenece a la inteligencia que puede ser osada o, incluso, moverse en los límites, pero no aplastar la fe. Cortina había entrado en la Compañía de Jesús donde le repetían que el fundador había obtenido los primeros compañeros de las aulas universitarias y que había que buscar la unidad entre la virtud y las letras. Letras que permitían dialogar con el mundo y con las personas que tienen a la inteligencia como su único faro olvidando que hay otras luces que parten de la imagen y del amor. Es cierto que no el mucho saber harta y satisface el ánimo pero para ayudar a las personas hay que saber con toda la finura de la inteligencia. Virtud porque se debía ser recio en construir lo mejor para la gente. Así había meditado mucho el dar gratis lo que gratis se había recibido. La gracia de Dios viene en gratuidad y, desde la solidaridad, se puede hacer el camino para regalar esa gratuidad que también ha sido donada al resto de las personas.

Muchas veces, el *magis* ignaciano se presentaba como ser eximio o hacer lo mejor en la tarea encomendada. Si era el estudio entonces convenía tenerlo con toda la exquisitez posible. Su ingeniería había sido muy cuidada. Todavía recordaba aquellas propuestas de trabajo con salarios opíparos ya antes de terminar su tesis. Los miles de tornillos que había quebrado, desgastado y limado como solía recordar con mofa estaban dando resultados en las ofertas de hacer grandes puentes o edificios no imaginados.

Con obsesión vasca, se había dedicado a sus estudios, pues la obediencia lo había puesto en esa ciencia donde los números no solo sirven para los cálculos, sino que mostraban que la realidad era medible y que se podía sostener. Es decir, la ciencia no es el arte de interpretar, soñar o hacer poesía, sino el de darle consistencia a lo que produce la realidad. Es cierto también que no faltaba el humor y el gusto internamente que afloraba en esa sonrisa cuando contaba que los hornos también servían para asar succulentos trozos de carne que sabían a gloria en medio de tanto tornillo. Así se mostraba que no eran tornillos

secos y fríos, porque el goce de la vida se mantenía intacto. Así, en lo más serio de la ciencia, la comida recordaba que lo lúdico era su sábado de celebración. Ese modo profundo de encontrar el goce por la vida nunca lo perdió, ni siquiera con el derrame que se lo llevó.

Como docente, vio pasar mucho joven que veía en la ingeniería una manera de ganarse la vida. Le costaba tratar de mostrar que también era un arte para servir a la gente. Sus clases de resistencia de materiales eran famosas porque realmente ponían a prueba la inteligencia y la dedicación al estudio. Preparaba sus clases con entrega, y con pasión las daba, porque sabía que estaba en un país donde los terremotos y demás vulnerabilidades continuamente amenazaban la vida poniendo a prueba lo construido por el ser humano. Hizo investigaciones para tratar de abaratar el costo de las viviendas, cómo utilizar de la mejor manera los materiales del país y, en sus ratos de ocio, se dedicó a los desplazamientos de las placas tectónicas que con cierta frecuencia, al rozarse o asentarse, hacían vibrar y saltar todo lo que estaba sobre la superficie. Solía hablar de la fuerza de cada movimiento y calculaba las bombas de Hiroshima que se necesitarían para producir tal efecto.

Entre sus alumnos y alumnas, fue tejiendo una cercanía que permitió a varios de ellos incorporarse a la universidad para colaborar con ese proyecto de sociedad. Veía la necesidad de tener ingenieros competentes y comprometidos. Por eso, había también una relación con la realidad, aunque podía parecer sarcástica como se dio cuando analizó con precisión la manera como se había hecho caer el puente de Oro en un momento de la guerra. En medio de sus libros sabía conocer la hilera de genios que habían dejado su estela de conocimiento y la mucha matemática que debía seguir aprendiendo. Sin grandes bullas y alharacas, buscaba la manera de mantenerse al día en su profesión, pues sabía que el doctorado era una especie de permiso de conducir para seguir profundizando en la pasión que uno lleva en el corazón de la razón. Desde la seriedad de la ingeniería hasta los juegos de observación que hacía al mirar los números de las matrículas de los autos y ver sus múltiplos, siempre suspiró por esa finura del conocimiento y esa delicadeza del servicio.

Los números y las fórmulas fueron su manera de escribir y ayudar a su gente universitaria. Por eso, no tenemos muchos escritos de Ion. La palabra dicha era su manera de relacionarse con el resto de las

personas, sobre todo, el modo de regalarse como persona y su manera específica de entregarse. Vio con gusto cómo iban regresando estudiantes de ingeniería con postgrados y con diplomas que mostraban un gran avance en su profesionalidad. Solía animar y alabar todo deseo de seguir creciendo en el conocimiento. Y seguía siendo festivo en sus manifestaciones humanas aunque había momentos en que salía en forma volcánica, mostraba el fuego que llevaba en las entrañas.

*No me mueve, mi Dios, para quererte
el cielo que me tienes prometido
ni me mueve el infierno tan temido
para dejar por eso de ofenderte (...)
No me tienes que dar porque te quiera
pues, aunque lo que espero no esperara,
lo mismo que te quiero te quisiera* (Anónimo)

Eran célebres sus etimologías: "Sacerdote", 'sa' partícula persa reforzativa y reduplicativa, 'cerdote' como su nombre lo indica... "Así mostraba su ingenio y su gusto al estar con la gente querida. Era un signo de confianza, lo mismo que el canto para recordar los viejos chistes sobre los vascos. "Una boina un vasco, dos vascos un juego de pelota, tres vascos un coro, cuatro vascos un partido político". Entre el humor y el canto solía acoger a las personas para hacerlas sentir cercanas. Ya en la intimidad, estaba la cocina por aquello de que no hay vasco que no sea buen diente y, de paso, cocinero.

La experiencia de Aguilares lo llevó a seguir buscando cómo estar cerca de la gente para brindarles su compañía, su apoyo, su solidaridad y, sobre todo, su cariño. Una vez que hubo quien continuara la labor sacerdotal en Aguilares, siguió más al norte y fue a dar a Chalatenango. Era zona que empezaba a vibrar con lo vivido en Aguilares. No era solo aprender a celebrar la fiesta del maíz, sino también ir encontrando esa fe fresca y refrescante que permitía caminar en medio de tanta pobreza y tanto dolor por la injusticia. La chispa del cambio comenzaba a correr por los cañales mostrando la fuerza de ese fuego que siempre se propaga.

En sus andares, que combinaba con su docencia, fue recorriendo algunos pueblitos de Chalatenango para, finalmente, llegar a Guarjila. Es cierto que la guerra tuvo la culpa, no porque ella quiera a la gente, sino porque hace quererse más a la gente para resguardarse de tanta violencia. Ion fue conociendo gente que regresaba de Honduras. La dureza de las guindas, de las persecuciones, de no dejar trabajar hizo salir a muchas personas para conservar el mínimo: la vida. Algunas de ellas fueron viniendo a Las Flores, donde Cortina estuvo para, finalmente, asentarse en Guarjila. Todos esos caminos no fueron fáciles y los cambios tenían, a veces, el sabor de ciertas incomprendiones, pero terminaba aflorando el compañerismo.

Ahí compartió con la gente todo lo que tenía y era. Desde su conocimiento -construyó puentes, casas, dispensarios- hasta su vocación, era un sacerdote amigo y multifacético. Sus misas empezaban desde ayudar a buscar alimento para la gente, pasando por animarlas en los momentos difíciles, hasta celebrar la eucaristía como una comida que nutría la fe, el valor, el compromiso y el amor. Comenzaba su prédica visitando a la gente, buscando materiales para subsanar las necesidades y terminaba en diálogo con su gente alrededor de la fogata encendida por el texto bíblico. Sus manos eran callosas no solo por la pala de frontón o la manipulación de los instrumentos de ingeniería sino sobre todo, por esa caricia tierna con los niños, ese saludo caluroso con el sufriente, ese abrazo fuerte con el que se sentía abrumado por tanta tristeza y ese levantar la hostia para sostener un amor que se vuelve alimento, aliento y defensa ante las pruebas. La temura hace salir callos porque es trabajo esmerado y continuo. Pero son callos que tocan con suavidad porque van podando para quitar las rémoras y las parásitas que dejan anémica la solidaridad y van removiendo la tierra del corazón para suavizarla y abonarla con querencia para que no le falte el nutriente del amor.

El rosario de anécdotas vividas en Guarjila va desde los trabajosos al hacer el puente y el dispensario hasta los gozosos de darles ánimos y fortalecer la dignidad de su gente pasando por los luminosos donde las conversaciones se volvían complicidad de un mismo proyecto pero llegando hasta la amistad donde se compartía lo mejor que se tenía: la fe comprometida. Así, Ion agradeció aquellas palabras sabias de la

mujer que lo consoló cuando quedó abrumado por la muerte de los padres. La muerte siempre viene acompañada de la tristeza y de la impotencia. Perder un ser querido es quedar sin asidero, como perdido entre caminos que no llevan a ninguna parte, es no encontrar el rostro amado en esa noche donde ni el tacto tiene respuesta.

Aquella mujer le hizo ver que ellos habían venido de lejos por un amor al pobre, lo mismo que Ion. Por fidelidad a ese amor, había que tener el espíritu levantado. Cortina sintió que la muerte también tocaba a su corazón pero le respondieron que, cuando la hora de uno no ha llegado, uno no se muere, por aquello de que nadie se muere la víspera. Esta mujer que le habló le hizo ver que la muerte es una puerta, hoy entreabierta pero llegará el momento que se abra de par en par para dejar pasar todo el séquito del que había venido primero: el amor.

Las misas no eran solo sentir un Dios cercano sino descubrir con alegría que Él sabe escuchar. Dios deja que brote el dolor, el sufrimiento, lo que no se entiende junto con el deseo de encontrar respuesta. Por eso, se conversaba mucho, porque mucho se vivía. Ese Dios que escuchaba no solo tenía buen oído y paciencia sino que también era compasivo. Dejaba sentir su presencia y hacía caminar en medio de la oscuridad y de la tolvanera de la muerte. Así se dejó Ion evangelizar de la gente y así su palabra se fue forjando en este horno. Cada persona era una brasa que quemaba por tanto sufrimiento, pero también ardía por la verdad que dejaba acoger. Cada brasa fue afinando lo que decía en las misas para volverse como ese pájaro que despierta en la mañana, recuerda el bochorno del día transcurrido y se vuelve cansancio que cobija por la tarea cumplida.

Esa palabra defendía ante los soldados y pedía respeto ante la guerrilla. Palabra que incitaba a seguir creciendo, a seguir formándose, a continuar la lucha. Ella hacía de su casa una casa de todos; de la misa un lugar de unidad; de la comunidad un trozo de esperanza. Palabra desenfadada que habla de la realidad sin escamotearla; de la guerra sin ocultarla; de la vida sin falsearla. Hacía descubrir a cada persona que era única para él, ya sea que la callara porque no dejaba hablar a las otras personas hasta hacerle una comidita especial porque la diabetes no permitía recorrer todos los lugares como se deseaba o quedarse

callado porque era hora de saborear hacia adentro para no perder el gusto por el silencio y la contemplación. Esos momentos eran especiales porque podía estar hasta la madrugada contando historias como aquellos abuelos que, a fuerza de ser repetitivos, nos hacen descubrir que no quieren aburrirnos, sino inundarnos con su cariño como si quedar empapado por el querer nos fuera a proteger para siempre del olvido y la orfandad.

Pasó muchas veces los retenes para buscar ayuda para su gente, porque su trabajo era ser cura de todos. Por eso, llevó hasta sus filas a un soldado herido, porque jamás uno puede olvidar que se está ante un ser humano aunque la guerra o la violencia vuelvan al ser humano peor que un animal devorador o un demonio que todo lo puede aplastar, incluso la piedad. Las anécdotas de la guerra le hacían ver los años pasados con su gente no porque le gustara recordar la violencia, sino porque su caminar nunca se apartó de ellos, así les hiciera conocer el dolor y el rechazo. Se volvió un gran contador de historias, porque aprendió que cada persona es un libro precioso que hay que ir leyendo con suavidad y atención porque ahí se está tocando lo mejor de este mundo: la fraternidad. Nunca dejó de ser cura, nunca dejó de ser jesuita, nunca dejó de ser cristiano y nunca dejó de ser humano.

*Grábame como un sello en tu brazo,
grábame como un sello en tu corazón,
que el amor es fuerte como la muerte,
la pasión más poderosa que el abismo;
Sus dardos son dardos de fuego
llamaradas divinas
(Cantar de los Cantares, 8,6)*

No hay ninguna duda, Pro Búsqueda es “hija de Guarjila”. Después de los acuerdos de paz, entre las múltiples visitas que hizo la Comisión de la Verdad para escuchar a las personas que habían sufrido la guerra, estuvo la que hicieron a Guarjila. Cinco madres, con la osadía y presencia que tiene la mujer, hablaron de la desaparición forzosa de sus hijos e hijas. Cuando se encontraron los primeros cuatro niños “extraviados”, la esperanza subió como un cohete hasta el cielo para cantar el gloria. Hasta el cielo se alegró e hizo fiesta.

En muchas ocasiones, cuando el ejército pasada por algún cantón, no dejaba nada con vida. Empezaban con las personas y terminaban con los animalitos que no se podían llevar. Después se fueron llevando a los niños y niñas los cuales terminaban en orfanatos o dados en adopción. Todos ellos aparecían como huérfanos o huérfanas. Solo la inmovible fe de una madre podía recorrer aquel vía crucis que terminaba en calvario, pues chocaba con el vacío de no saber cómo empezar la búsqueda y mucho menos cómo continuarla. O aquellas madres que escuchaban las respuestas que les daban donde insinuaban si ellas estaban soñando e imaginaban hijos inexistentes hasta las que afirmaban que los habían dejado tirados por ahí y ahora querían recuperar lo que ellas habían botado.

Ion camina con estas madres porque, como dijo una de ellas, él hacía las cosas con todo el corazón como si los desaparecidos fueran sus hijos. También quiso mucho a las madres de esos niños y niñas. Cuando estaba defendiendo un caso, le sobrevino su derrame. Se mantuvo fiel. En Pro Búsqueda, Cortina amó como una madre, pues solo una madre puede tener un amor tan fiel y fuerte por sus hijos.

Ion recogía con Pro Búsqueda el fruto de su lucha incansable e ineludible contra la impunidad y la dignificación de las víctimas. Ya en el tiempo de la guerra, las lágrimas de esas madres que buscaban a sus hijos después de las huídas, esas guindas que rompían todo lazo, su corazón acogía la palabra silenciosa y penetrante de esa queja. Desde esos tiempos donde se escuchaba el fragor de los combates, iba sembrando la semillita de la esperanza en esos corazones cobijados por la fe: Dios es un Dios de vivos. Dios es un Dios alegre y alegre a sus hijos. Les decía que la guerra terminaría para emprender el camino de la paz; en ese camino, los rostros de los niños y niñas llevados a la fuerza volverían a ser una estrella en medio de la noche del olvido o de la injusticia. Siguiendo esa estrella, se llegaba al lugar donde nacía el amor del encuentro.

Sabía que todos los casos no eran iguales. Distintos eran los senderos para el reencuentro y el tiempo se volvía corto para algunos mientras que para otros era la repetición dolorosa de no tener respuesta. Pero en medio de toda esa búsqueda, el amor por el hijo o la hija duraba y se robustecía. Ya Ion les había dicho también que, cuando los encontraran, no importaba que estuvieran lejos, lo bonito era hacerles

saber en dónde estaban sus raíces y que no habían sido abandonados. Era saber dónde estaban para poder visitarlos o que esos hijos pudieran mirar su lugar de nacimiento. Es el consuelo de saber que están vivos y que las manos hospitalarias que los acogieron son buenas y generosas. Es tener identidad para seguir creciendo. Volver a conocer sus primeros nombres, sus padres y su primera familia. Es saber que tienen un país donde nacieron, una historia de dolor, pero que ahora hay una mirada de sosiego porque desde siempre fueron queridos y buscados.

Esa búsqueda es mostrar la defensa de la vida. Dar a luz un hijo es proclamar una esperanza y hacer patente un amor. El dolor de parto recuerda la complejidad de la realidad, pero siempre puja para que la vida se abra camino y llegue a la luz de la convivencia y al fuego del amor. Es tener miedo a perder un ser querido pero no dejar de asumir el riesgo de amarlo, es decir, ser fiel sea en el sufrimiento o en la alegría. Es no traicionar la responsabilidad y el acto de fe que se dan cuando nace un niño. Ion mostraba y hacía sentir esa confianza. Cortina daba la mano para que las madres recordaran que estaban exigiendo la verdad y el derecho. Cada hijo es la verdad del amor y el derecho de la vida, la guerra no puede romper esa relación de manera impune con la mentira que siembre ni arrancarla con la muerte que propaga. Cuando el amor camina en medio de este campo minado de la impunidad y la injusticia, se vuelve valentía. Las madres siguen nutriendo la valentía a Ion y haciéndole conocer la alegría.

Ion conoce la alegría de la misión cumplida y del cariño pleno y plenificante. Nos puede ayudar mucho para entrar en su corazón releer las confidencias íntimas que le hizo a Sol Yáñez en tantas idas desde San Salvador a Guajira o en las noches donde los recuerdos se agolpaban como ríos bravíos que terminaban por inundar la vida entera. Ella lo tituló el niño de Gernika, recordando esa población vasca bombardeada poco antes de la segunda guerra mundial.

“El tono de su voz y su mirada siempre cambiaban cuando sus recuerdos le llevaban al escenario de la guerra civil en Euskadi, es su país vasco. Ion casi en susurros iniciaba el camino de contar su infancia, volver a unos años en los que fue niño en Biskaia y vivía a través de su

mirada infantil el desconcierto, la desolación, la ruptura y el horror que ocasionaba la guerra civil española.

Y era imposible no viajar con él en su relato, no asistir a ese escenario que tan bien conocía y describía: *Mi familia era republicana, tuvimos que salir exiliados hacia Francia; fui un niño de la guerra y viví la huida, el miedo, la tristeza del rechazo y la persecución. Mi padre era un buen hombre, un ingeniero inteligente que vio su vida truncada en esos momentos hacia un exilio forzoso para asegurar la vida misma, con el dolor de la cárcel, el hambre y el frío. Aún recuerdo la gran cantidad de gente que salía a pie por las montañas del Pirineo, o en tren, unos trenes largos y fríos, llenos de niños con miradas perdidas, como yo. Recuerdo Gernika no como está ahora en los documentales, sino que recuerdo el olor y el ruido, el caos que abrió la puerta a nuestra huida: la desolación.*

Y ese niño creció, y a los veinte años hizo otro viaje, esta vez desde Euskadi al Pulgarcito de América: El Salvador. Y ahí siguió creciendo y se formó como jesuita y se encontró con otra guerra, pero esta vez le asaltó con la mirada amplia y el corazón ya muy grande, tan grande que instaló en él a todo un pueblo para darle fuerza y esperanza, concretamente al pueblo de Chalatenango y a los niños de Guarjila: *...cuando vi a los niños huyendo hacia Honduras, hacia Mesa Grande, al campamento de refugiados, me vi a mí mismo huyendo, era yo mismo apenas unos años, huyendo hacia Francia, el mismo horror, la misma desolación, el mismo miedo. Podía saber exactamente qué sentían.*

Más tarde, cuando en Guarjila las madres empezaron a reclamar que se habían llevado a sus hijos, que estaban desaparecidos, Ion contaría, con esa manera tan suya que llegaba al centro del corazón, que él mismo podía haber sido el desaparecido; su memoria se hacía presente, y pensaba que él podía haber sido uno de esos niños desaparecidos, y su madre una de esas mujeres chalatecas que buscaban sin descanso a sus hijos. Y de ahí nació Pro Búsqueda.

Ion viajó del exilio de su infancia de Gernika a Guarjila para resistir y hacer frente a la injusticia, a todas las injusticias, junto a las víctimas. A pesar de las serias dificultades sociopolíticas que oscurecían el camino de la búsqueda de niños, de esos cipotes salvadoreños, encontró la luz y la repartió. Esa luz visibilizó el cordón umbilical que une a una madre

con su hijo; a las víctimas, con el coraje y la esperanza; a la verdad, con la justicia. En definitiva, a nosotros, con su gran corazón.

No hay palabras que puedan agradecer su vida dedicada al encuentro y al abrazo: solo esta nueva y gran esperanza en seguir sus huellas, en cobijarnos en su coraje, su honestidad y su empeño en la verdad y la justicia.”

Hasta donde se pudo saber, en tiempo de la guerra sobrevivió a tres intentos de matarlo además de las bombas y cateos que sufrió con su comunidad jesuita en San Salvador. El derrame cerebral que se lo llevó le dio tiempo para celebrar su cumpleaños el 8 de diciembre y dejarlo vivo hasta el 12 de ese mismo mes. Había nacido en una fiesta de María y terminaba en otra fiesta mariana. Una Virgen inmaculada y la otra, Morenita. La primera nacida en un pueblo de Israel; la segunda, en el regazo de un indígena que mostró el gran milagro, ella también era Madre de los pueblos indígenas, sin olvidar aquella Virgen vasca que daba calor al hogar y tantas caricias le prodigó. Es decir, el rostro de María le mostró por qué es madre de la Iglesia entera, de todo el pueblo de Dios salvado por su Hijo. Esa mujer le dijo un día, “no tienen vino”. No le quedó más camino que seguir construyendo el milagro de la fiesta de todos los seres humanos como hermanos.

En su tiempo de agonía, su lucha eran los recuerdos y los cariños que no lo dejaban partir. Sentía que todavía su lucha estaba en medio de su gente, aún quedaban niños y niñas por encontrar. Miraba hacia atrás no para quitar las manos del arado, sino para mantenerlas firmes y seguir construyendo el futuro. Muchas personas pasaron por su cama donde solo su respiración y, en algunos momentos, sus lágrimas conversaban de la fuerza de su corazón. La escuela de su corazón estaba llegando a su final, la muerte solo era otra puerta más para seguir amando y descubrir cómo se le quería.

Mientras se convertía en eucaristía, se iba volviendo signo para sus seres queridos. Él comenzaba a perder todo signo, pero la plenitud de su vida se volvía a reunir con Monseñor Romero, cuya foto pusieron en su cama con desagrado de las religiosas que cuidaban el hospital. Junto con Monseñor, reanudaba las conversaciones con sus compañeros, con

Rutilio y con tanto rostro amado que lo había acompañado por toda la campiña salvadoreña. Tenía un pueblito entero en su corazón, no solo su cabeza era grande en ideas y proyectos, su corazón se agigantaba en ternura y sus entrañas acompañaron para siempre la vida.

Muchas gracias a todas las personas que lo quieren y que lo acompañaron en sus últimos momentos. Nunca se sintió solo. Es cierto que hay momentos en la vida que solo Dios sostiene y se mantiene. Lo bonito del rostro de Dios es que viene unido a tantos rostros queridos y nunca olvidados. El olvido solo es semilla que se da en la tierra de los desamorados. En los enamorados solo queda la gratitud y la alabanza. Gracias por tu vino, dejaste el mejor para el final. Amén.

P.D. Agradecemos a tantas personas que han contado las anécdotas vividas con Ion Cortina. Un primer intento de ir las recogiendo se dio en el librito, "Con Ion Cortina Dios pasó por Guarjila", elaborado por la Asociación Pro-Búsqueda de Niñas y Niños Desaparecidos y bajo el auspicio de Trocaire. Ahí, hasta las piedras hablaron de un amor.

Jon Cortina, jesuita, amigo de sus vecinos

Jon Cortina era un hombre de servicio, dispuesto a ofrecerse entero en la misión. Como misionero aterrizó precisamente en El Salvador en 1955 con sólo 21 años y a petición propia, sabedor de que hacían falta formadores en Centroamérica. Como tantos otros, otros amigos con los que llegó a América Latina en aquellos años de abundancia de vocaciones en España, se había empapado de realidad. Su causa, su misión, su vida, eran sus amigos, sus hermanos, sus vecinos los pobres, con los que convivía allá en Guarjila, un pueblecito de Chalatenango en el que instaló definitivamente su morada. O casi, porque finalmente su cuerpo descansa en la capilla de la UCA junto al de sus compañeros jesuitas, asesinados por estar, como él, al lado del pueblo. Sus vecinos de Guarjila no han conseguido tenerle entre ellos para siempre como habría sido su deseo, pero le acompañaron durante días tras su muerte. El padre Cortina, defensor de la Teología de la Liberación y próximo a Monseñor Romero, salió con vida de la matanza en la que un escuadrón militar asesinó a seis jesuitas compañeros suyos en noviembre de 1989 en San Salvador y mostró a lo largo de su vida sus firmes convicciones de justicia social. Sus tres máximas eran luchar por la verdad, la justicia y una conciliación donde hubiese un perdón digno.

